

CONFERENCIA

LA IDEA DE LA PERSONALIDAD EN EL PENSAMIENTO DE GOETHE*

Ricardo Krebs**

El hombre, a diferencia del animal y de la planta, debe definir su ser y crear su mundo: un mundo que le permita realizar su naturaleza humana. A lo largo de la historia las sociedades han condensado sus valores y sus anhelos en determinados arquetipos —como el héroe homérico, el hombre universal del Renacimiento o el hidalgo español— que debían servir de modelo para la existencia individual.

Con el advenimiento de la modernidad surge un individualismo que busca la plenitud en la realización de la libertad personal. El joven Goethe, hijo del siglo XVIII y admirador de Rousseau, protesta contra todas las normas colectivas y proclama con prometeico orgullo su fe en el personaje genial. Sin embargo, fruto de un largo proceso durante el cual descubre los valores de la cultura clásica, recoge el pensamiento fecundo del idealismo filosófico y se reencuentra con las verdades eternas del cristianismo. Goethe llega a superar el "subjetivismo individualista". La personalidad, entonces, se le revela "como un todo que ciertamente es individuo, por-

* Conferencia pronunciada el 28 de mayo de 1991 en el marco del ciclo "Sobre la dignidad del hombre", organizado por el Centro de Estudios Públicos.

** Doctor en Filosofía con mención en Historia de la Universidad de Leipzig; realizó estudios de Historia, Filosofía y Filología en las Universidades de Bonn, Goettingen y Leipzig. Premio Nacional de Historia 1982. Profesor de Historia Moderna y Contemporánea en la Universidad Católica de Chile y en la Universidad de Chile. Miembro de Número de la Academia Chilena de la Historia.

que es único y lleva su fin en sí mismo, pero que supera los límites de su individualidad mediante la identificación con los valores objetivos del arte, del pensamiento y de la religión, mediante la inserción del yo en la comunidad social y ... la prolongación de la existencia a través de la acción".

El ser humano ocupa una situación central y única en la creación. Cada ser viviente tiene su naturaleza propia que condiciona su acción y que hace que la planta crezca según las leyes propias de la vida vegetativa y que el animal reaccione conforme a sus sentidos e instintos. El ser de la planta o del animal es homogéneo y unitario. La planta y el animal son lo que son y lo son íntegramente. No se pueden equivocar respecto de su ser. Constituyen siempre una unidad y forman una unidad con su mundo circundante.

El hombre, en cambio, no posee una naturaleza única que lo obligue, no tiene un ser que lo condicione de una manera inequívoca. El hombre se crea por medio de su pensamiento y de su acción; él es el padre de sí mismo, es autor de su ser. El hombre es el único entre todos los seres cuya vida se basa en una sola condición: la falta de condiciones, o sea, la libertad. Su única obligación consiste en ser libre. El hombre es libre. Por eso él debe elegir su ruta, debe definir su ser, debe crear su unidad y debe construir su mundo, un mundo humano que le permita vivir dignamente, es decir, vivir conforme a su dignidad humana. El hombre puede erigir con sus propias manos el altar de su gloria o puede fabricar las cadenas de su condenación.

El que ha expresado con máxima belleza esta idea ha sido Pico della Mirándola, cuyas palabras encabezan el programa de este ciclo de conferencias. En su "Discurso sobre la dignidad humana" escribe las siguientes palabras: Dios, "acogiendo al hombre como obra de naturaleza indefinida y colocándolo en el corazón del mundo, hablóle así: no un lugar fijo, ni un aspecto propio, ni un don que te sea particular, te he dado, oh Adán, para que aquel lugar, aquel aspecto y aquel don que tú deseas, todo ello según tu voluntad y tu consejo, obtengas y conserves. La naturaleza de los demás está contenida en las leyes prescritas por mí. Tú te la fijarás sin verte constreñido por ninguna traba, según tu libre arbitrio, a cuya potestad te confié. Te situé en el medio del mundo, para que desde allí vieras mejor cuanto en él se contiene. No te hice celeste ni terrenal, ni mortal ni inmortal, para que tú mismo, como libre y soberano artífice, te

plasmes y fijas en la forma que tú determines. Podrás degenerar al modo de las cosas inferiores, que son los brutos, o podrás, según tu voluntad, regenerarte al modo de las superiores, que son las divinas".

El hombre es causa, acto libre. El hombre lo es todo, porque puede serlo todo: piedra, maleza o bestia, pero también puede ser hijo de Dios. Por eso es la imagen de Dios y ha sido creado a semejanza de Dios. El hombre es libertad, acción, resultado de su propio acto. La vida humana es existencia que se determina libremente en su esencia. Su única condición es la elección propia y libre. Por eso, el hombre es, entre todos los seres, el único que es persona. Es persona entre personas y es persona ante la persona suprema, Dios. El hombre es el único que posee dignidad, y la función de su vida consiste en la realización de su personalidad y en la creación de un mundo que sea digno de su ser como humano.

El hombre, siendo persona, es individuo, y como tal cada uno es único y lleva la responsabilidad de sus actos. Cada uno es el forjador de su destino. Cada uno crea su propio mundo. Sin embargo, siendo individuo, cada persona es también "animal político", es ser social. Su vida se desarrolla en sociedad y los hombres crean conjuntamente el mundo en que se desenvuelve su historia.

A lo largo de la historia, las sociedades y los grupos sociales han definido valores, parámetros y tipos ideales que debían servir de norma y modelo para que el hombre trazara su camino y realizara su personalidad. La manera de buscar la plenitud personal era siempre asunto individual; sin embargo, la sociedad entera o un determinado grupo social se encargaron de fijar los rumbos y valores en virtud de los cuales cada uno determinaba libremente su destino.

La sociedad medieval que se comprendió como comunidad cristiana creó como arquetipos supremos las figuras del santo y del caballero. La cristiandad canonizó a aquellos hombres santos que, siendo modelos de virtud sobrenatural y natural, representaban en la forma más excelsa el ideal de Cristo. Las congregaciones religiosas establecieron un orden fijo, una regla, que reglamentaba cada hora y cada minuto de la existencia temporal para que el monje se pudiese liberar de las limitaciones del tiempo y prepararse, mediante la *imitatio Christi*, para el encuentro con Dios, el Ser absoluto.

El caballero cristiano se constituyó como ideal máximo de la sociedad feudal, figura en que se fundían los ideales guerreros y heroicos de la ética germánica con los valores sobrenaturales de la espiritualidad cristiana. El caballero, en el momento de ser armado como tal, se comprometió ante Dios a usar la espada en defensa de la justicia y a proteger a los

ancianos, a las mujeres y a los niños. La caballería medieval se regía por un código de honor que señalaba claramente las virtudes que cada caballero tenía que realizar en su vida personal. Eran las virtudes del valor, de la lealtad, de la mesura y de la generosidad; todas ellas centradas en las virtudes sobrenaturales de la fe, del amor y de la esperanza.

El ideal caballeresco fue un ideal, y tal vez fue quimera, ilusión y utopía. Sin embargo, fue también una realidad; ayudó a una sociedad, en la que predominaban las pasiones y la violencia, a organizarse y ascender a niveles más elevados de civilización y espiritualidad. En este ideal se inspiraron grandes poetas que cantaron las heroicas gestas de los caballeros de la mesa redonda, del rey Arturo, de Sigfrido y de Perceval. Los grandiosos poemas épicos de Cretien de Troyes y de Wolfram von Eschenbach sirvieron, por su parte, de modelo y de guía que estimulaban al caballero a hacer una vida noble, una vida efectivamente digna de un caballero.

El arquetipo del caballero cristiano perduró durante largo tiempo, siendo posteriormente reformulado y redefinido por las distintas sociedades nacionales que se formaron en Europa. La sociedad española erigió en ejemplo e ideal al hidalgo. La sociedad inglesa creó el arquetipo del *gentleman*. La sociedad francesa creó en tiempos del Barroco el ideal del *honnête homme*, sucesor del caballero medieval, pero distinto de éste por agregar a las tradicionales virtudes del valor heroico y de la lealtad los nuevos valores de la refinada cultura literaria acuñadas por el humanismo. La virtud esencial del *honnête homme* es la cortesía, la cortesía del corazón y de la conducta, el alma noble que se expresa a través de un lenguaje culto y hermoso. La *honnêteté* es un valor, no solamente ético, sino también estético.

Durante largo tiempo, las sociedades europeas, o al menos sus élites dirigentes, dispusieron, pues, de modelos que indicaban a cada uno lo que debía hacer y cómo debía conducirse frente a Dios y frente al prójimo.

En el siglo XVIII los viejos ideales empezaron a perder credibilidad y vigencia. Al mismo tiempo que se produjo la gran revolución en el pensamiento, siendo sustituidas las viejas categorías aristotélicas teleológicas por los planteamientos causalistas y nomotéticos de las ciencias modernas, tiene lugar también una profunda revolución de las estructuras sociales y de los valores que hasta entonces habían informado la conducta individual y social. Se empieza a desintegrar el orden estamental, la nobleza pierde su rol tradicional de élite, se cuestionan los privilegios que habían otorgado la sangre y la ordenación sacerdotal. El

individuo, tomando conciencia de su individualidad, se levanta contra las formas y los valores colectivos sancionados por la tradición.

La persona que quizás representa mejor el nuevo sentir fue Rousseau. Su vida fue una permanente protesta contra las convenciones de la sociedad de su tiempo. Se emancipó de la autoridad paternal, se sublevó contra la educación que se le quiso dar, se unió a una mujer casada, protestó contra la civilización artificial y la ilustración racionalista del siglo XVIII, causó el escándalo de sus contemporáneos al poner en duda los beneficios que podrían haber producido los avances científicos, convivió durante largos años con una mujer analfabeta, ordinaria y borracha y entregó los hijos que tuvo con ella a un orfanato. Rousseau desconoció todo valor social colectivo y centró su existencia en su propia subjetividad. Rousseau fue el primer representante de aquel individualismo y subjetivismo que se convertirían en fuerzas determinantes de la historia contemporánea y que darían origen a un proceso emancipatorio que en el curso del tiempo abarcaría todos los fenómenos de la existencia social. Mientras que en los siglos anteriores el hombre había tratado de ordenar su existencia individual incorporándose a un orden de valores objetivos, ahora trataría de vivir su vida desde su propia individualidad y comprendería la existencia como la posibilidad de realizar su subjetividad.

Las nuevas tendencias que surgieron en Francia también se hicieron presentes en Alemania.

Hacia 1770 se levantó en Alemania una generación de jóvenes poetas que, bajo la influencia de Rousseau, declararon la guerra a la Ilustración y su frío e impersonal racionalismo. ¡Sentimiento y no razón! ¡Vivencia y no conocimiento! Originalidad y genialidad son las divisas de este período que luego recibiría el nombre de *Sturm und Drang* (Tormenta e Impulso).

Estos jóvenes poetas quisieron revolucionar las letras y artes, la vida entera. Sus sentimientos y pasiones se desbordaron. El universo se les presentó como un conjunto de fuerzas vitales. Rompieron con las formas tradicionales y se decidieron por el caos, porque el caos era fecundo y engendraba nuevas fuerzas. Se sintieron libres y quisieron disfrutar de su libertad. Cada persona debía formar su propio mundo, cada persona era un mundo.

A esta generación perteneció también Johann Wolfgang Goethe. La publicación de sus poesías y, ante todo, de su drama *Goetz von Berlichingen* y de su novela *Los sufrimientos del joven Werther* lo hicieron célebre en Alemania y Europa y lo convirtieron en la primera figura literaria de su país.

También Goethe estaba convencido de que sólo la destrucción de las formas consagradas podía libertar las voluntades y abrir acceso a la plenitud de la vida. Por encima del intelecto estaban la imaginación, el sentimiento y la acción. El mundo le parecía un conjunto de infinitas posibilidades y de riquezas inagotables. La vida era digna de ser vivida por el solo hecho de ser vida. Las fuerzas vitales que actuaban en el universo se condensaban en poderosas individualidades. Cada persona tenía un derecho a su individualidad y tenía el deber de desarrollarla. Así cumplía con su función creadora y enriquecía la creación. Goethe creía poder entender la vida a través de la idea de la personalidad. El gran personaje, el genio creador, era meta y sentido de la humanidad y de la historia. El genio era la expresión máxima de lo humano. En el gran personaje, la humanidad expresaba su ser propio.

Todas las obras de Goethe en aquel tiempo giraron en torno de este problema. Fuera de las obras publicadas, concibió y comenzó numerosas otras. Sólo una de ellas sería terminada: *Fausto*. De las otras quedaron fragmentos: "Prometeo", "Mahoma", "César". Los temas son significativos. Goethe recurrió a los grandes personajes de la historia para que le informaran acerca del hombre y le revelaran los secretos de la existencia humana. Prometeo, el titán; Mahoma, el profeta; Fausto, el mago; César, el héroe. Son los grandes genios creadores a través de los cuales se ha revelado la humanidad y que han dado forma a la civilización humana.

Goethe se sintió con fuerzas para remover el mundo y hacer nacer una nueva humanidad y una civilización mejor. El hombre prometeico representó para él la imagen ideal del hombre.

Goethe expresó este titanismo creador con vigorosas palabras. En la oda "Prometeo", el titán lanza contra Júpiter su orgulloso desafío:

Encubre ¡oh Zeus! tu cielo
 con nebuloso velo
 y déjame el disfrute de esta tierra
 que es mía, cual mi cabana ésta que habito.
 ¿Yo honrarte a tí? ¿Por qué?
 ¿Acaso imaginaste en tu delirio
 que iba yo a odiar la vida
 y al yermo retraerme
 por haberse frustrado
 algunos de mis sueños venturosos?
 Pues, no; que aquí me tienes y hombres hago
 según mi propia imagen;
 que mis iguales sean
 y padezcan y lloren

y gocen y se alegren
y que de ti no se cuiden
cual yo hice.

El hombre prometeico lanza su reto a los dioses y se decide por esta vida, con sus dolores y sus alegrías; esta vida humana, corta e intensa, pero en su dramatismo preferible a la monótona eternidad olímpica.

El hombre, ser libre y único, puede crear su felicidad y su miseria y, a través de sus vivencias y acciones, forma su personalidad cuyo goce es inefable dicha.

Pueblos, siervos y señores
proclaman, a no dudar,
que la dicha más cumplida
de los hijos de la tierra
es la personalidad.

(Diván de Occidente y Oriente)

El titanismo prometeico fue en esos años el sentimiento que impulsó y guió a Goethe y que lo hizo volcar su genio creador hacia la plasmación de figuras e imágenes. Sin embargo, también hubo horas en que justamente la entrega al yo subjetivo y al sentimiento y la ruptura con las formas objetivas sumergieron a Goethe en la duda y la profunda desesperación. El genialismo se tradujo en subjetivismo y produjo una disolución de la personalidad, degenerando el sentimiento en un sentimentalismo enfermizo.

Goethe, que siempre encontró en la creación literaria la solución y superación de sus crisis psíquicas, vertió estos sentimientos pesimistas en *Los sufrimientos del joven Werther*, donde Werther se nos presenta como el gemelo y el reverso de Prometeo. Werther es el sentimental que se deshace en reflexiones y sentimentalismo, cuyas pasiones no se traducen en acciones, sino que frustran las energías vitales. Werther, al confrontarse con la realidad, no la puede dominar y, por no poder vivir, prefiere la muerte.

Werther es un descendiente directo de Hamlet; es la traslación de éste desde un mundo heroico y de grandes pasiones a un ambiente burgués de tiernos sentimientos. Pero el tipo psicológico es el mismo. Y la enorme atracción que poseen Hamlet y Werther para el hombre moderno se debe a que estas dos figuras encarnan justamente uno de los aspectos del hombre moderno: es el hombre para quien su yo se disuelve en la duda y la reflexión; en el que el pensamiento no fecunda la acción, sino que destruye la vitalidad y al hombre mismo.

La nueva visión de Goethe sobre el hombre significaba en muchos aspectos una superación de la Ilustración, con su racionalismo frío y su causalidad mecánica, impersonal. Daba respuesta a numerosas preguntas que el período anterior había dejado abiertas. Pero Goethe no se detuvo en esta etapa. La exaltación del genio singular significaba la condenación de los otros hombres. No constituía una solución al problema del sentido de lo humano y no permitía fijar la función social del hombre dentro de la colectividad. Era preciso superar el caos de un subjetivismo nihilista.

La incorporación del individuo a la sociedad y a un orden supraindividual: éste fue el problema que se presentó a Goethe cuando el duque Carlos Augusto lo llamó a Weimar. Goethe se hizo amigo del duque y llegó a ser su consejero y ministro.

Ser ministro de Estado significaba asumir responsabilidades, significaba renunciar a una libertad que sólo buscaba la satisfacción y el goce del yo, significaba incorporarse a la aristocrática corte de Weimar. Goethe, hijo de burgueses, debió convivir con príncipes y nobles. Y esto no era sólo un problema social, sino que también psicológico, moral y cultural. Era uno de los grandes problemas de la época. La Revolución Francesa resolvió este problema en forma radical. Para la Revolución, el verdadero hombre era el "burgués". El abate Siéyés, en su célebre folleto, preguntaba: "¿Qué es el Tercer Estado? Nada. ¿Qué debe ser? ¡Todo!". Es decir, el Tercer Estado era identificado con la humanidad. Los intereses del burgués eran los derechos del hombre. Siendo el burgués el verdadero hombre, los miembros de las otras clases sociales eran, lógicamente, "inhumanas". Y así la Revolución no fue sino consecuente cuando llevó a los nobles a la guillotina y negó a las clases inferiores los derechos cívicos.

Mas ¿era ésta la única solución? ¿No era posible reconciliar burguesía y aristocracia, el activismo burgués y el mundo de "ocio y dignidad" de la nobleza, el principio democrático de mayoría con el gobierno aristocrático de los mejores, el oro y la espada? ¿No era posible encontrar un denominador común, una forma de vida que trascendiese la esfera de la nobleza y el ámbito de la burguesía y que abarcase a ambos en una síntesis superior?

Durante sus primeros diez años en Weimar y en el curso de su primer viaje a Italia, Goethe se esforzó por solucionar estos problemas y logró, en efecto, desarrollar una nueva visión del hombre, más amplia y más profunda, más humana. Su extraordinario talento formativo y plasmador alcanzó ahora su pleno desarrollo. Como pocos, Goethe tuvo el don de dar la forma y de verter todo pensamiento en una forma adecuada.

La suprema y única operación de la naturaleza y del arte es la de dar forma, y con la forma, la especificación, para que de este modo cada cosa llegue a ser, sea y permanezca siendo algo singular.

(Viaje a Italia)

Individualización, exaltación de lo individual, ya no debía significar caos y anarquía, tormento e impulso, sino que debía ser sometimiento a la forma. Este sentido de la forma fue uno de los medios que permitió a Goethe superar el tumultuoso período del *Sturm und Drang* y levantarse a planos más elevados, en tanto muchos de los poetas de su generación se perdieron en el desorden, aplicando el subjetivismo, genial pero informe, del arte a la vida. Goethe, en cambio, encontró en la forma la esencia del arte, de la cultura y de la vida misma. Forma es orden y superación: sólo lo que tiene forma vive y crece. El hombre, para ser hombre y ser humano, debe superar su yo subjetivo y debe plasmar su personalidad. Esta no está dada, sino que se desarrolla, se conquista y se define. Se plasma la personalidad asimilando lo que el mundo proporciona, convirtiendo las experiencias en vivencias conscientes e imprimiendo al mundo circundante el sello de la vida propia. Vivir es ordenar el caos por medio de la forma.

Para el pleno desarrollo del sentido de la forma, los años en Italia fueron decisivos. En Italia, Goethe tuvo una experiencia decisiva. El descubrió la Antigüedad clásica y, en particular, la Hélade. Y en los años siguientes dedicaría gran parte de sus energías y de su tiempo no sólo a identificarse personalmente con el espíritu clásico, sino a incorporar la Antigüedad a la cultura alemana.

Goethe continuó así la labor iniciada algunos decenios antes por Winckelmann. Y a Goethe se debe, principalmente, la conquista de la Hélade para Alemania y para el pensamiento moderno en general.

Toda renovación cultural en Occidente se ha iniciado siempre con una vuelta hacia la Antigüedad. Los diversos renacimientos en la Edad Media, el renacimiento italiano del siglo XV, el renacimiento español de los siglos XVI y XVII, el renacimiento inglés de los tiempos de Tomás Moro y Shakespeare, el clasicismo francés de la época de Luis XIV: cada uno de estos poderosos movimientos culturales se inició con una reelaboración de los valores del mundo antiguo. Su clasicidad se debe tanto a su perfección y a su carácter ejemplar como al hecho de haber tenido a los clásicos antiguos de guías y modelos.

Esta vuelta a la Antigüedad y su carácter de permanente actualidad se deben al hecho de que la Antigüedad estableció las bases para la civili-

zación occidental. Allí y entonces nació el hombre occidental y se definieron las instituciones fundamentales de la organización política, las formas más elevadas de la expresión estética, los valores constitutivos de la ética y las categorías del pensamiento. Es por eso que cada vez que la cultura occidental ha entrado en crisis, que sus formas de vida se han derrumbado y que las ideas sobre lo humano se han hecho dudosas, Occidente ha dirigido sus miras nuevamente hacia la Antigüedad, hacia los orígenes y hacia las experiencias originarias que hicieron nacer el ser de Occidente.

Entre los grandes pueblos europeos, sólo Alemania no había tenido su época clásica. En ese país, el proceso de asimilación de la cultura antigua había quedado interrumpido por la Guerra de los Treinta Años que lo había sumido en la ruina económica y espiritual. Sólo entonces, en la segunda mitad del siglo XVIII, Alemania trató nuevamente de incorporar a su patrimonio espiritual los valores clásicos. El neoclasicismo alemán, fuera de su significado para la cultura nacional alemana, tuvo también importancia general en Europa porque añadió rasgos nuevos a la visión que hasta entonces se había tenido de la Antigüedad. El neoclasicismo italiano, español, francés o inglés se basó esencialmente en la civilización latina, en Virgilio, en Horacio, en Cicerón, en Séneca y, si bien se había estudiado también a los poetas y pensadores griegos, éstos habían sido vistos a través de los romanos. El mundo grecolatino había aparecido como una unidad.

Winckelmann, Goethe y sus contemporáneos, en cambio, descubrieron la Hélade misma y la develaron como un mundo original y propio, fuente y modelo para la cultura latina. Ahora se empezó a valorar a Hornero más que a Virgilio, a Tucídides más que a Tito Livio o Tácito, a Fidias y Praxíteles más que a sus discípulos en el Lacio. Brotó un general entusiasmo por la Hélade, que encontró su máxima expresión en los grandiosos himnos de Hölderlin. El europeo culto se hizo helenófilo. Cuando en la tercera década del siglo XIX Grecia se levantó contra Turquía, toda Europa apoyó a los modernos helenos en la lucha por su libertad.

Goethe se sumió en la Grecia clásica y lo clásico le permitió superar definitivamente el caos del *Sturm und Drang* y levantarse a la esfera de lo panhumano y universal.

Goethe hizo suyas las palabras de Winckelmann y comprendió lo griego como "noble sencillez y serena grandeza". El arte se le presentó como arte absoluto, como expresión total de la belleza y la realización plena de una estética orgánica. Los griegos aparecían como los hombres

perfectos. Eran medida y armonía, unidad de razón y sentimiento, síntesis perfecta de cuerpo y espíritu.

Bajo la influencia de Hornero, Fidias y Sófocles, Goethe desarrolló una nueva visión del hombre a la cual plasmó en su drama *Ifigenia*, una de sus obras más hermosas y perfectas. En este drama se hizo carne el ideal de humanidad que, preparado ya por Lessing, Winckelmann y Herder, alcanzó ahora su culminación en Goethe, siendo el fruto más hermoso del humanismo neoclásico alemán.

Ifigenia es alma pura; es la más bella encarnación de lo femenino y, justamente por representar la femineidad en su esencia, excede lo femenino y se levanta a la esfera de lo panhumano universal.

Estos eran conceptos e ideales nuevos en el pensamiento de Goethe. Sin embargo, éste conservaba también elementos del período anterior. El siguió oponiéndose al intelectualismo y colocó por encima del mero entendimiento racional la plenitud del espíritu. Siguió fiel a un estilo heroico de vida. La personalidad seguía ocupando el lugar central en su concepción del mundo. Pero la idea de la personalidad se había ampliado y profundizado. Ya no era el personaje genial un ser único, sujeto en su desarrollo solamente a la ley interna de su individualidad subjetiva. Ahora, la persona seguía siendo una individualidad que se desarrollaba según su carácter propio, pero que además estaba sujeta a una legalidad objetiva que constituía un deber ético universal y que emanaba de la idea de humanidad.

Por superar las tendencias del *Sturm und Drang*, Goethe se pudo reconciliar con la Ilustración, contra la cual se había levantado tan violentamente. Justamente el concepto de humanidad significaba una reanudación del pensamiento ilustrado cosmopolita. "Únicamente todos los hombres constituyen la humanidad; sólo la reunión de todas las fuerzas constituyen el universo" (*Conversación con Eckermann*).

Sin embargo, al reaparecer en esta forma las tendencias universalistas y cosmopolitas de la Ilustración, Goethe las transforma, las enriquece y les insufla un nuevo contenido. Al "individuo" de la Ilustración opone la "individualidad". Gracias a su comprensión dinámica del universo, éste deja de tener una estructura mecánica y se llena de vida. La humanidad no es, como para Voltaire, la suma de los seres racionales, sino un todo de infinita movilidad y diversidad. El individuo, al identificarse con lo humano y la humanidad, acrecienta su individualidad. "Hacerse humano" no significa nivelación, sino pleno desarrollo de la personalidad; significa, además, vencer las heteronomias de la vida, superar sus crudos

antagonismos, conquistar la armonía en que desaparece el mal. "Una pura humanidad repara todos los errores humanos".

Sea noble el hombre,
servicial, bueno.
Pues eso sólo
le diferencia
de los demás seres
que conocemos.

Tan sólo el hombre puede
lo imposible tentar;
distingue, elige, juzga,
y al momento presente
dota de eternidad.

("Lo Divino")

En estos años en que Goethe estuvo ocupado en elaborar su visión de la Hélade y su concepto clásico del hombre, hizo amistad con Schiller. Conjuntamente penetraron en el mundo antiguo y, en fecundo intercambio de ideas, se esforzaron por definir sus conceptos referentes a la naturaleza, la vida, el arte y Dios y también su concepto del hombre. En poesía y en prosa, en cartas y conversaciones, desarrollaron esta visión del hombre y la expusieron ante el público. Su ideal del hombre y de lo humano se elevó por encima de las divisiones sociales y nacionales; no era burgués ni noble, ni prusiano ni austríaco, sino que era simplemente humano, y por eso adquirió significado universal y pudo ser reconocido por todos.

Tal vez lo más importante que Schiller pudo comunicar a Goethe fue la clave para ganar acceso a la filosofía del idealismo. En el intercambio intelectual con Schiller, Goethe penetró en el idealismo crítico de Kant que hasta entonces le había sido extraño y odioso. Gracias a Schiller, la filosofía kantiana no quedó encerrada en el plano filosófico, sino que fue incorporada por él y por Goethe a la literatura, y a través de ésta se convirtió en parte integrante de la cultura literaria superior y de la educación.

Bajo la influencia de Kant y de Schiller, la concepción del mundo de Goethe se transformó en un idealismo objetivo. Goethe trató ahora de establecer la unión entre este idealismo realista y su imagen del hombre. Mientras que ésta había tenido hasta entonces un carácter primordialmente estético, se enriqueció ahora con una dimensión ético-religiosa. Lo ético adquirió en la vida y en la obra de Goethe una importancia cada vez

mayor. El conflicto entre el bien y el mal se le presentó como el conflicto existencial fundamental.

Este problema ocuparía a Goethe preferentemente en los últimos decenios de su vida. Un segundo valor al cual señalaría creciente importancia sería el amor. Ciertamente, desde su juventud Goethe había visto en el amor una fuerza vital de la existencia humana y había ensalzado su poder creador: "no se conoce sino lo que se ama". Ahora, ahondando su concepto del amor, lo comprendió como poder cósmico y, a la vez, como fuerza ética.

Esta valoración del bien y del amor hizo que Goethe ampliara y superara su clasicismo. Descubrió por segunda vez el mundo nórdico, un mundo mítico y superracional, y se esforzó por reconciliar lo clásico con lo romántico. Incluyó en la esfera de sus intereses las antiguas civilizaciones orientales y se alzó a una visión universal del mundo.

A ello se añadió, además, una nueva comprensión de la acción y de la función social del individuo.

La revolución industrial, la creciente importancia del Estado, la absorción del individuo por las instituciones, el pensamiento totalizante de Fichte y de Hegel, el primer esbozo de una teoría socialista por Saint Simón, el utilitarismo de Bentham: todo esto impulsó a Goethe a revisar sus ideas sobre la posición del individuo en la sociedad y sobre la importancia de la acción. Y Goethe, espíritu aristocrático que desde su tranquila residencia en Weimar había contemplado el mundo con olímpica serenidad; él, el poeta de la belleza, del goce de los sentidos y de la interioridad del alma, comprendió ahora como la suprema función del hombre la acción al servicio del prójimo.

La verdadera fiesta del hombre es la acción.

("Pandora")

Comprendió la acción como definición y prolongación de la personalidad. La incorporación del individuo a la colectividad era, por un lado, renuncia y limitación, pero era también superación de la limitación; era ampliación de la individualidad por la fusión del yo con el tú, era identificación con una vida más plena y universal.

En vano es que un espíritu, desdiciendo las trabas
a perfección aspire volando con sus alas.

Quien algo grande quiere, debe antes encogerse;
al limitarse solo, se acredita el maestro;
solamente la ley puede hacernos libres.

Expresión última del pensamiento goethiano fue el *Fausto*. Fausto es el hombre prometeico que

pide a los cielos sus más bellos astros
y a la tierra todo placer supremo,
y todo lo próximo y todo lo lejano
no son parte a satisfacer
su hondamente removido pecho.

("Prólogo en el cielo", *Fausto*)

Fausto es el humanista que se une a Elena y que hace resucitar el mundo antiguo para reconciliarlo con el moderno y redimir al hombre por medio de la belleza.

Y Fausto es el hombre que encuentra la paz en la acción al servicio del prójimo.

Así Goethe reconcilió el orgullo prometeico y el clasicismo pagano con el imperativo categórico de Kant y el mandamiento de amor del cristianismo.

De la fusión de estos elementos nace el hombre fáustico que constituye la respuesta de Goethe a la gran interrogante: ¿qué es el hombre?, ¿qué es la personalidad?

Goethe aprovechó las grandes corrientes intelectuales de la época como también la grandiosa tradición de Occidente para plasmar su idea del hombre. Contribuyeron a ella: el amor a la forma y la unidad de lo ético y lo estético de los griegos; la idea de la dignidad de la persona como ser racional autónomo del Humanismo; la tolerancia intelectual, el concepto del autoperfeccionamiento y la idea de humanidad de la Ilustración; el amor al prójimo y la fe en el alma inmortal del cristianismo.

Nos resta indicar la influencia de Goethe sobre su época y su pueblo y el significado universal de su pensamiento.

Un hecho fundamental en la historia del pueblo alemán en el siglo XVIII era su división: política, social, cultural, religiosa.

Goethe, al sintetizar en su persona y en su obra las tendencias más significativas del presente y del pasado pudo crear valores generales que contribuyeron a la formación de una cultura general en torno de la cual el pueblo alemán se pudo definir y constituir como nación.

Pero el significado de Goethe no se agotó en lo nacional, sino que adquirió dimensiones universales.

Goethe fue un hijo de su tiempo, discípulo de Rousseau, miembro de una generación que se levantó contra todos los valores, las formas y las

convenciones por las cuales se había regido y se estaba rigiendo la sociedad. Protestó contra el dogmatismo de las religiones y contra los cánones rígidos del clasicismo. Reclamó para el individuo una libertad absoluta y proclamó con prometeico orgullo su fe en el personaje genial. El genio era capaz de construir desde su subjetividad su mundo y encontraba su satisfacción y su felicidad en la realización de su propio yo. Sin embargo, en el curso de un largo proceso, durante el cual Goethe descubrió los valores de la cultura clásica, recogió el fecundo pensamiento del idealismo filosófico y se reencontró con las verdades eternas del cristianismo; superó el subjetivismo individualista y llegó a comprender la personalidad como totalidad. La personalidad se le reveló como un todo que, ciertamente, es individual, porque es única y lleva su fin en sí misma, pero que supera los límites de su individualidad subjetiva mediante la identificación con los grandes valores objetivos del arte, del pensamiento y de la religión. La persona que desarrolla su personalidad no se limita al goce de su propio yo, sino que se inserta en la comunidad social, prolonga su propia existencia a través de la acción, trasciende los límites de su vida individual y se eleva a las esferas en que se revelan los bienes del espíritu en su plenitud.

¿Tiene el pensamiento de Goethe todavía alguna validez para nosotros? Muchos elementos de su obra ciertamente ya no lo tienen para nosotros. Los dioses griegos ya no nos hablan con la misma fuerza con que los escuchaba Goethe. Se nos hace difícil asignar a la forma bella el valor ético que le atribuían Goethe y Schiller. Sentimos preocupación ante la afirmación de Goethe de que, como lo expresa en el *Fausto*, en el inicio de todas las cosas estuvo la acción y no el verbo.

Sin embargo, a pesar de toda la distancia que nos separa de Goethe, me parece que hay una profunda verdad que sigue teniendo valor y significado.

Una de las tendencias más poderosas de nuestro tiempo es el anhelo de sacudir toda forma de dependencia. Se espera la liberación de todas las cadenas que nos mantienen atados. Liberación significa emancipación, significa la abolición de todas las ataduras suprapersonales, significa satisfacción de las apetencias individuales. Se identifica la libertad con la supresión de toda forma de dependencia. Mas, ¿sabe el hombre contemporáneo para qué quiere esta libertad? La libertad siempre es libertad para algo. Pero, ¿qué es ese algo para la sociedad actual?

Goethe, en su juventud, también quiso romper con todas las convenciones y quiso ser solamente él. Pero en el curso de su vida comprendió que un subjetivismo ilimitado conducía al nihilismo y a la

autodestrucción. Comprendió que había que trascender la subjetividad del yo y que había que identificarse con los valores objetivos del espíritu. Goethe no creó un nuevo arquetipo que hubiese podido servir de ideal y modelo a la sociedad, como lo fueron el caballero, el hidalgo o el *honnête homme*, pero sí creó, con la Ifigenia o el Fausto, personajes que elevándose por encima de lo contingente y accidental desarrollaban su personalidad mediante la aceptación de principios y valores objetivos. Goethe, en su vida y en su obra, demostró que libertad no puede ser nunca mera emancipación y liberación. El hombre encuentra su plenitud, y con ello su libertad, mediante la aceptación de aquellos bienes y valores que lo acercan a la plenitud del ser. □